

# VIVENC INTIMAS

LLUÍS LLONGUERAS



CUENTOS CORTOS

ART ESPAI   
& EDICIONS



Era el día previo a la inauguración del Hotel Arts, en el Puerto Olímpico de Barcelona. Había tenido el privilegio de colaborar en el taller de arquitectura que lo diseñó mientras finalizaba sus estudios.

Para huir del bullicio de la Sala de Recepción salió fuera para fumarse un cigarrillo. Se quedó mirando hacia lo alto. La fachada con aquellos tirantes de acero que cruzaban los ventanales le impresionaban. Oyó una voz a sus espaldas: ¿Se puede entrar?

Al volverse, una rubia más alta que él le estaba mirando para saber una respuesta... Es una fiesta privada: pero inténtalo. Es que estoy hambrienta y voy mal de dinero.

La miró con más detalle. Vestía cómoda, para viajar; con una gran mochila a sus espaldas. Había notado que tenía un acento; le parecía inglés aunque su español era muy aceptable.

¿Qué hago? ¿Crees que me van a echar?

Le explicó que la prensa y los profesionales asistentes iban bien vestidos y se la notaría muy diferente. ¿Por qué no te vienes a los restaurantes de ahí el puerto? A mí me apetecería poder sentarme en una mesa y tomarme una paella. No acaban de satisfacerme los aperitivos.

Ella se puso a sonreír, satisfecha. ¡Una paella! ¡No soñaba con tanto!

Le siguió y bajaron la pendiente hacia ellos. Ella caminaba a su lado y por momentos le adelantaba. Descubrió su caminar seguro y fácil; y un cuerpo muy de mujer con unas buenas nalgas dentro de unos tejanos bien ajustados.

Ella pidió una sangría, que él no había bebido desde hacía tiempo. La paella les entusiasmó. Dijo llamarse Laury, inglesa, de Birmingham. Toda la vida había viajado, a pie, en tren o autostop. Desde que había terminado sus estudios; escribiendo libros y artículos de viajes.

Escuchándola se dio cuenta que ella era bastante mayor que él, le llevaría algo más de veinte años aunque en su cuerpo se notaba una energía vital y lo mostraba con un cuerpo ideal de forma. Tenía un cierto atractivo en su cara, de sonrisa fácil y bellos ojos; muy claros, como verdosos. A los meridionales siempre les llamaban la atención. Aunque a él lo que más le atraía de Laury eran sus maneras; su simpatía. El trato.

Fue sincera cuando después de pagar la cuenta y agradecersele, le confesó que no tenía donde dormir. Se mantendría en un rincón al lado de un chiringuito cerrado; allí mismo, en la playa. No sería la primera vez. Entendió que ella era una aventurera y se apañaría, pero su modo de ser, -atento con las mujeres-, hizo que le ofreciese un rincón en su taller-vivienda en Vallcarca, cerca del Tibidabo. Las noches barcelonesas eran muy húmedas; y más cerca del mar.

Ella aceptó con naturalidad.

En su coche atravesaron la ciudad y una vez aparcado cerca en un descampado, entraron en la casa que había sido de sus abuelos. Mientras él encendía las luces, ella se adelantó como para inspeccionar. Mostrando su curiosidad.

Después de reordenar el espacio; -normalmente era un comodón algo desordenado- la encontró admirando el mejor legado, -aparte de la casa-, que había recibido de su familia: Sobre una vieja chimenea -que nunca usaba- lucía un dibujo abocetado de una dama. Era una obra de Casas. Y a ambos lados, dos mármoles -hombre y mujer- de Llimona.

Eran de unos treinta y cinco centímetros pero aportaban una belleza de otro siglo. Resultaban un conjunto interesante: Cada uno se enfrentaba al otro; eran unas figuras que con orgullo parecían retarse. Femenina ella; muy masculino él. "Pareja" era el título que les había dado el autor.

Ella fue sincera en los elogios por aquellas obras. Había hecho sus pinitos en arte en su juventud y los valoraba.

Le invitó a una copa, ella escogió un Lepanto. No tenía ocasión de saborear un buen coñac, dijo. La botella se vació en unas horas en las que ella relató su azarosa vida, interesándose también por la de él.

Nunca había tenido con una mujer una compenetración ni una conversación tan amplia y profunda. Comenzó a admirarla más que como una simple fémina atractiva; era muy diferente de las chicas que habitualmente trataba.

Antes de que pudiese pensar en que espacio la alojaría, oyó de un modo claro su deseo de dormir con él: Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí esta noche. Déjame mostrarte lo que puede ofrecerte en la cama una mujer madura y experta. Me atraes como hombre aunque tu pecado es tu extrema juventud. En todas estas horas no has mostrado tu masculinidad; no me has buscado. Ni siquiera te has insinuado. Déjame darte una lección de vida de pareja. No la olvidarás.

Han pasado muchos años, desde aquella noche, que fue real. Tenía razón Laury, nunca la olvidaría. Al despertarse, -casi al mediodía- ella había partido. Vio su vaso de leche en la mesa de la cocina con la lata de galletas. Unos labios estampados en el espejo del baño confirmó el sueño de que ella había estado allí.

A lo largo de todo el día se sintió excitado recordando los muchos y vibrantes momentos que Laury fue capaz de hacerle sentir. No se los podía quitar de la cabeza.

No fue hasta la noche al sentarse en el sofá con una sopa china en la mano, a punto de ver un capítulo de Mad Men, que cayó en la cuenta de que uno de los mármoles de Llimona -exactamente el hombre- no estaba en su lugar. No tuvo que buscar mucho para comprender que ella se lo había llevado. Una trotamundos de la que sabía casi todo... menos cualquier detalle de donde vivía o donde estaba en aquellos momentos.

Acudió a una comisaría para denunciarlo -inútilmente-, tampoco había tenido la idea de asegurar aquellas piezas. Aparte de su nombre le había quedado en mente que el apellido de ella era el mismo que el de aquel Premier británico: Cameron

Desde aquella decepción se había informado; se suscribió al boletín trimestral que daba cuenta de las piezas que se subastaban en los principales centros como Sotheby's o Christie's.

Se habituó a echarle una ojeada buscando las piezas de mármol para intentar localizar un Llimona; algo que no sucedía. Un buen escultor catalán con el que no se especulaba internacionalmente.

Había olvidado con los años de seguir esta costumbre, sin nunca olvidarse de Laury ni de lo que había sentido y vivido con ella en una noche de tal intensidad que nunca consiguió revivir de nuevo.

Él, después de la denuncia en la comisaría, aconsejado por un amigo abogado internacionalista, había también –con su certificado de autenticidad- dejado un registro en la Interpol.

Lo había olvidado después de treinta años, ya casado con dos hijos y con su propio bufete profesional, cuando recibió un aviso: La pieza de Llimona fue localizada cuando se intentó ponerla en subasta, por una entidad legal londinense.

Después de informarse y ante la posibilidad de recuperarla, se desplazó a Londres. La conexión le llevó a saber que la residencia de ancianos White Angels eran los poseedores legales de la pieza. Andy Stockwell, su director, le informó que el mármol estaba en venta. La adquirieron como el pago de una paciente que vivía allí desde hacía unos años, garantizando su estancia hasta su fallecimiento.

Se citaron para acordar el pago, a la vez que para conocer detalles sobre Laury Cameron; que –con una edad avanzada- padecía trastornos graves de salud.

Deseaba y necesitaba verla.

Después de legalizar los documentos lo pidió. Una enfermera lo acompañó al jardín donde grupos de ancianos tomaban el sol o realizaban suaves ejercicios.

Le guió hacia una veranda, le indicó a una residente que en silla de ruedas miraba al infinito. Se situó ante ella, sin que le prestase atención...

Laury... Le llamó suavemente. Ella volvió lentamente su cara como mirándole, con unos ojos vidriosos y mortecinos. Comprendió que no le reconocía.

A él le invadió una gran tristeza y se acercó para acariciar sus mejillas con la mano. Ella como insensible no reaccionó a la caricia.

Miró intensamente aquel rostro envejecido y comenzó a llorar ante su indiferencia. La miraba y no podía comprender que aquella anciana fuera quien le había hecho descubrir de lo que era capaz una mujer sensual, desbordante y liberal, en una sola noche; pero había sido una noche que él había rememorado toda su vida. Sin poder olvidarla.